

RESEÑAS

Roberto Blancarte.

Historia de la Iglesia Católica en México.

BLANCARTE Roberto. *Historia de la Iglesia católica en México*. México: Fondo de Cultura Económica/ El Colegio Mexiquense, 1992, 447 p.- ¿Se puede plantear la historia de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en términos de vencidos y vencedores? Tal vez nunca, puede decirse con Blancarte al término de la lectura de su libro, versión modificada de su tesis doctoral. Escrito en prosa sencilla y precisa, no contiene un mensaje que aliente ni los ánimos jacobinos ni el triunfalismo cristero que a veces parece aún resonar como eco en las diversas casonas de la prensa nacional. Por el contrario, su tono resulta del todo congruente con la perspectiva teórica de la obra, que busca y estimula una comprensión sociológica de la institución religiosa y su especificidad en la vida social.

La Iglesia, nos dice el autor, no puede ser asimilada para fines del análisis histórico como un partido más, o un grupo de interés. Ello equivaldría a suponer que todas las acciones de la Iglesia tienen un objetivo y una motivación sociales o específicamente políticas, cuando sus objetivos son distintivamente espirituales. Ello no significa que la Iglesia no se encuentre

inmersa en una sociedad que la condiciona, y que tiene una acción determinante en dicha sociedad. De hecho, a no ser que la institución religiosa "opte por la fuga del mundo -lo cual no es el caso de la Iglesia católica en México- ninguna religión puede eludir la necesidad de una ética intramundana", cita de Poulat. En muchos casos esta ética terrenal se convierte en un verdadero programa de dominio social, el cual se presenta de manera alternativa a los otros modelos sociales.

Por este motivo, la acción de la Iglesia en el periodo estudiado se construye en la comprensión de su acción dentro de esta ética terrenal, en lo que se conoce como la *doctrina social de la Iglesia*. Los actores privilegiados por el autor son la jerarquía eclesial -los obispos en forma individual o constituidos como cuerpo en el Episcopado Mexicano y los líderes de movimientos laicos de orientación católica, constituidos o no como partidos.

El resultado de esta particular perspectiva es un texto que alcanza un difícil equilibrio entre la merecida atención a las razones de la Iglesia y su comprensión contex-

tual. Por ello encontramos en este seguimiento sociohistórico basado en fuentes primarias, tanto una cita textual de un discurso clerical en que se afirma que la misión de la Iglesia no es política, seguida de evidencias sobre el apoyo eclesiástico al movimiento sinarquista, como una explicación acerca del pronunciamiento de la Iglesia contra el establecimiento de la educación socialista en términos del deber pastoral de la institución —y sin comillas suspicaces.

Al logro de dicho equilibrio le es esencial la constante referencia a las particularidades sexenales, al acontecer internacional, a las divergencias al interior del clero, a los diversos grupos sociales que con y sin el consentimiento, serán considerados por la Iglesia como grey.

Comparativamente a las razones de la Iglesia, menor atención reciben las razones del Estado, tema que por lo demás se encuentra considerablemente más documentado y recreado en la historiografía y el análisis político nacionales. Sin embargo el crecimiento del Estado comparte con el de la Iglesia una característica vital: el reconocimiento de su heterogeneidad interna, ya sea en términos corrientes doctrinales o ideológicos, como en términos de niveles locales, estatales, regionales y nacionales. El reconocimiento de su heterogeneidad no trata de oscurecer un análisis global de tendencias, sino que contribuye a la captación más precisa de las interacciones intersi-

tuacionales o circunstanciales que constituyen los minutos de una historia. ¿Cómo entender de otro modo la vinculación entre caciquismo local y religiosidad popular en un periodo postconciliar? ¿Cómo entender que en un mismo sexenio se dé tanto la denuncia de la represión política contra la disidencia izquierdista, como el conflicto contra la promoción estatal del uso de anticonceptivos, la movilización nacional contra los libros de texto por su contenido pro-socialista y proevolucionista, y aún más, la primera visita de un presidente mexicano al Vaticano?

Los beneficios de estas perspectivas teóricas adoptadas en la presente investigación se perciben en la particular periodización que el autor presenta de esta dinámica historia.

El primer beneficio es sin duda la precisión temporal y conceptual del llamado *modus vivendi*, expresión frecuentemente utilizada para describir la relación de Estado e Iglesia posterior a 1929. De acuerdo con el autor, el *modus vivendi* puede ser definido como la comunidad parcial y temporal de intereses desarrollada entre la Iglesia y el Estado, a partir de 1938, cuando el radicalismo anticlerical de los grupos liberales y revolucionarios en el poder cede al compás de las circunstancias internas adversas al proyecto cardenista, al curso y desenlace de la Segunda Guerra Mundial, y al predominio dentro de la Iglesia de una corriente pragmática en manos de una genera-

ción de líderes laicos y clericales posterior a aquella intransigente que enfrentó el conflicto cristero, que tendrá presente los intereses comunes de la ideología de la Revolución Mexicana postcardenista y la doctrina social de la Iglesia: el antiimperialismo, el antiyanquismo, el patriotismo, la búsqueda de una tercera vía entre socialismo y liberalismo, así como la promoción de la solidaridad de las clases para el desarrollo igualitario y el impulso a la productividad. Ello no significa la desaparición de momentos de persecución y de conflicto entre Iglesia y Estado en cuanto a la educación, la organización obrera y campesina y el derecho de propiedad.

El siguiente periodo abordado corresponde a los años que van entre 1950 y 1958, cuando el *modus vivendi* muestra signos de crisis. Este periodo es caracterizado por un proceso de diferenciación ideológica, a través del cual se establece la identidad del proyecto social cristiano como alternativo a otros proyectos, dando lugar a un nuevo integralismo intransigente del catolicismo mexicano. Sin embargo, este resurgimiento no es capitalizado por la campaña electoral del Partido de Acción Nacional de 1955, con lo que se abre la pregunta de si existe el voto católico en México o, si bien, el intenso proceso de secularización ha conducido a los mexicanos a rezar como católicos pero votar como ciudadanos.

La etapa que prosigue es la comprendida entre 1959-1962,

cuando en vísperas del Concilio Vaticano II la Iglesia experimenta fuertes presiones tanto internas por parte de grupos anticomunistas que buscan definir de diversas formas su activismo social, como externas, derivadas de la creación de los libros de texto gratuitos que fortalecen la educación laica bajo los parámetros de la Revolución Mexicana.

Los años de 1962 a 1968, época del Concilio, significan para la Iglesia un tiempo de renovación y de apertura al mundo, que se traducirá en un mayor protagonismo en las esferas políticas y sociales que acrecentarán a su vez la tensión con el Estado, así como tensiones internas de grupos que buscan una radicalización de la acción eclesial en favor de los desposeídos bajo el signo de la *teología de la liberación*, y una democratización de la estructura jerárquica de la Iglesia. Asimismo, surgen también posturas que pretenden dar marcha atrás a las reformas conciliares, dando paso a una corriente llamada intransigente preconciliar.

Los llamados *Tiempos de revueltas* (1968-1973) encuentran a una Iglesia crecientemente polarizada, en perfecta consonancia con la sociedad en la que se encuentra inmersa. En forma por demás interesante, el autor presenta una correlación entre el modo como las jerarquías se pronuncian sobre las demandas de democratización de la sociedad y la forma como tratan de contener los grupos de tenden-

cias conciliares radicales como preconciarias que al interior rebasan los espacios de negociación necesarios al control episcopal, mientras la Iglesia como conjunto y dominada por una neointransigencia moderada mantiene una cooperación crítica con el Estado.

El *Reformismo eclesial*, que abarca el periodo de 1974 a 1978, caracterizado por la profundización de la crisis económica como por la reforma política hacia una mayor apertura democrática, marca una presencia definitiva de la Iglesia en la vida pública del país. En este lapso se ha hecho muy visible el conflicto Iglesia-Estado sobre los libros de texto y el control de la natalidad, temas en los que nuevamente se revelan las tendencias centrífugas existentes al interior de la Iglesia sobre las que el episcopado logra una relativa unidad. Sin embargo, estos elementos no oscurecen el hecho de que al mismo tiempo el gobierno de Echeverría —primer presidente mexicano que viaja al Vaticano— cuenta con el apoyo eclesial en su proyecto populista, que afecta a grupos oligárquicos.

Del último periodo denominado *La nueva intransigencia*, que se ubica entre los años de 1979 y 1982, el autor destaca la renovada iniciativa —esta vez del PCM— en favor de los derechos políticos de los sacerdotes, que sin embargo la Iglesia no desea tratar sino en un

contexto de reformas más amplias. Asimismo, ocupa lugar preponderante la celebración de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, presidida por Juan Pablo II. Con detalle es tratada la dinámica de posiciones episcopales que accionan y reaccionan sobre la base de apertura social de la Iglesia latinoamericana que significaba Medellín. También se releva la importancia, más social que doctrinal, de la visita del reciente Papa y se advierte contra interpretaciones simplistas sobre las manifestaciones populares en torno a su figura. Se documentan diversas iniciativas eclesiales de diverso signo para lograr una presencia más definida en la vida pública del país. Habiendo logrado una identidad propia dentro de su cooperación crítica con un proyecto nacional, la apertura hacia la sociedad le da a la Iglesia mayores elementos para interactuar dentro de una crisis social.

No es el de Blancarte un texto para vencedores y vencidos. Pero aunque su intención haya sido la de un discurso *desapasionado* sobre la historia de la Iglesia católica, su cuidadosa reflexión no pudo haber sido escrita sin la experiencia de la pasión, esta vez por su objeto a conocer.

Cristina Gutiérrez^o

^o Profesora Investigadora de El Colegio de Jalisco, México.